

# FISIOLOGÍA

## ÉTICA y DEPORTE

*Luis V. Solar Cubillas*

### RESUMEN

El concepto de ética toma, en el contexto del deporte, connotaciones peculiares: una impecable actuación táctica puede ser éticamente cuestionable. Del mismo modo son revisables desde la óptica de la ética, usos y costumbres que, sin ningún tipo de cortapisa, están admitidas y establecidas en el deporte y su complejo mundo.

El deportista, como ser individual o social, los espectadores e incluso las instituciones deportivas o de la administración, configuran parte de este entramado, en el que la actuación ética, queda tamizada por el hábito establecido.

### PALABRAS CLAVE

Ética, ética caballésca. ética maquiavélica, primas, dopaje, espectadores, humanismo, instituciones, representatividad.

---

### INTRODUCCIÓN

La ética, en tanto que conjunto de normas y códigos morales que nos permiten regular conductas humanas y calificarlas de "buenas" o "malas", queda sujeta a una interpretación personal o social de difícil objetivación, y queda además sometida a un proceso de evolución del pensamiento humano y de sus hábitos.

En otro orden de cosas, el deporte supone un enfrentamiento de la persona a su propio límite, al límite de otros, o la valoración media de un conjunto de actuaciones.

Superarse a sí mismo, actuar contra un oponente, o jugar en una liga de cualquier deporte, conforman situaciones deportivas cuya naturaleza plantea en la persona códigos de moral distinta, dado que el fin en unos casos, pasa a ser el medio en otros.

En consecuencia, no soy muy partidario de hablar tanto de ética del deporte o en el deporte, como de

concepciones actuales de ética en la actuación deportiva, entendiéndolo que, en cualquier caso, el deporte, por lo que de enfrentamiento interpersonal tiene, y por la inmediatez de los resultados de las acciones, constituye un excelente espacio-observatorio de conductas éticas.

Si, como pensaba Huizinga (1987), sólo somos verdaderamente personas cuando jugamos, parece lógico pensar que ante la naturaleza de la acción espontánea y decidida del deporte, juego agónico y movimiento en esencia, la ética se encuentre con un campo perfecto donde contrastar grados de implantación y de evolución.

El deporte, desde la óptica de la ética nos enfrenta con el deportista aislado, con el deportista frente a un rival, con el equipo cuyos intereses y objetivos rebasan el resultado de un partido, con el espectador, con la representación de naciones y estados, o con intereses económicos tantas veces desmesurados.

Propongo, por tanto, abordar esta reflexión desde al menos tres ángulos:

- ▶ deportista
- ▶ espectador
- ▶ institución.

## EL DEPORTISTA

El deporte supone siempre un test de la aptitud personal enfrentada a la de otro u otros contendientes. En tal sentido el resultado de la acción deportiva se expresa en dos diferentes esquemas de medición: la marca y la clasificación.

La marca nos indicará el valor "envasado al vacío" de la ejecución deportiva individual, o colectiva: un velocista ha podido hacer 10<sup>-5</sup> en 100 metros, o un equipo de baloncesto registrar un 80% de aciertos en lanzamientos triples. La clasificación enfrenta la "marca" al valor del o de los contendientes. El 10<sup>-5</sup> puede suponer un primer puesto o un quinto, el 80% de aciertos del equipo de baloncesto no le garantiza la victoria, eso depende de la actuación del rival de turno.

Ambos parámetros de medición son de diferente naturaleza. La marca nos aísla, como deportistas, y nos indica el proceso evolutivo personal. La medalla, la clasificación, nos ubica socialmente en una escala, en la que nuestra posición varía en función de la propia marca actuando en interacción con la de todos los demás.

Esta doble forma de medir el deporte explica, en cierta medida, la igualmente doble visión ética que ha imperado en la concepción deportiva contemporánea: la caballeresca y la maquiavélica.

La primera justifica la concepción moral del deporte, por cuanto tiene de fin. La segunda supedita la acción deportiva a otro objetivo, que la evolución del deporte ha ubicado entre lo éticamente aceptable: la clasificación.

El deporte moderno, de origen británico, nacido en el sistema educativo y difundido por el continente y por el resto del mundo por Pierre de Coubertin, propugna la supeditación de la clasificación a la marca, es decir, individualiza el resultado deportivo. La esencia del deporte para el barón francés está en el enfrentamiento del deportista a su límite.

Esta línea de pensamiento acerca la ética deportiva al código moral del caballero medieval, en cuya concepción la victoria o la derrota están relativizadas por la potencialidad personal: la derrota no es tal si he superado

mi anterior límite y la victoria no existe si el rival es claramente inferior o si he actuado por debajo de mis posibilidades.

Pero esta acepción "caballeresca" del deporte no es la única posible. El deporte no abre y cierra su proceso de influencia sobre el ser humano en cada actuación concreta, sino que se manifiesta, cada vez más, como un "continuo", como una sucesión permanente de actuaciones, cuyo fin está en el posicionamiento del individuo en el conjunto de la sociedad que lo acoge.

La primera visión, la del deporte como fin dignificador, propugna un tipo de ética sustancialmente diferente a la que insinúa un deporte instrumento de la ubicación social del individuo.

El corredor de 1.500 metros que actúa por debajo de sus posibilidades, de forma deliberada, en una fase clasificatoria, reservando fuerzas para actuar en plenitud de facultades al día siguiente, en la final, es el ejemplo de una actuación ética bajo el segundo de los signos planteados: dejarse ganar en un momento no decisivo, para rendir en la carrera determinante.

Este tipo de acción justificada tácticamente en cualquier deporte y en múltiples circunstancias, se opone a la ética caballeresca que debiera estar avalada por la sinceridad de cualquier tipo de acción individual o colectiva.

El equipo de fútbol que reserva titulares para el partido decisivo, el portero de balonmano que se deja marcar algún gol para animar a determinado lanzador a que continúe lanzando o el baloncestista que trata de errar un tiro libre para propiciar un rebote ofensivo más rentable, son ejemplos de fallos deliberados que atentan contra cierta ética deportiva, pero que constituyen acciones tácticas intachables e incluso admirables dentro del concepto de deporte más extendido, dando lugar a esta segunda acepción ética que hemos denominado "maquiavélica".

La progresiva implantación, en el universo deportivo de conceptos como "temporada", "circuito", "challenge" o "tour", ha propiciado un deslizamiento de la actitud deportiva desde la actuación decidida y sin reservas hacia la mediatizada por la propia naturaleza de la competición. Es decir, la carrera o el partido que estamos viendo no es, en sí mismo un fin, sino, cada vez más un capítulo de un campeonato, en el que no siempre es aconsejable la actuación sincera, e incluso puede ser conveniente la derrota.

Así pues, la actuación en deporte de la unidad competitiva, individuo o conjunto, manifiesta una tenden-

cia progresiva hacia el abandono de la vieja concepción ética cercana al concepto griego de la "areté" para irse instalando en un nuevo espacio en el que el valor comparado, la clasificación o la medalla, obtienen mayor nivel de aceptación que la aséptica capacidad individual aislada.

El "agón", o espíritu de lucha griego estuvo muy unido a la "areté", término esencial para la historia de la educación griega, como afirma Jaeger (1988). La areté es para este autor "la virtud en su acepción no atenuada por el uso puramente moral" o la "expresión del más alto ideal caballeresco, unido a una conducta cortésana y selecta y al heroísmo guerrero".

Con la areté o virtud como objetivo, parece que la clasificación, el primer, el segundo o el tercer puesto, pierde valor, respecto al registro personal, dado que la virtud está más ligada a la persona, a la personalidad en sí misma, que a una posición en una tabla clasificatoria.

Sin embargo, el "agón", en tanto que implica lucha, normalmente contra otros, supone frecuentemente que la única valoración del registro personal es la victoria sobre el contendiente.

Circunstancia ésta que no supone necesariamente que exista un alejamiento de la areté: vencer a un contrario y superarlo en un listado de clasificación, no indica, por sí mismo, una trasgresión de la moral caballeresca.

El cambio de la postura ética no se produce por el hecho de valorar la marca o la clasificación, sino por sobreponer objetivos al deporte, ajenos a la búsqueda del perfeccionamiento humano, es decir a la areté griega.

He aquí la circunstancia en la que la clasificación se muestra como la imagen de la moral maquiavélica, en la que el fin es sustituido por el medio y el agón queda mediatizado por la fama, el dinero, los intereses del club u otros aspectos que son distintos a la evolución de la persona.

Así pues, en una valoración ética del deporte, aislando al individuo o al equipo de su entorno, nos parece hallar una transición mayoritariamente admitida desde una moral de superación personal a una moral de aceptación social, desde el deporte "fin" al deporte "medio", desde lo "caballeresco" a lo "maquiavélico".

La instalación globalizada en el "deporte medio", de una parte importante de nuestro sistema, permite la explicación de actitudes y comportamientos como las "primas", las "primas a terceros" o el dopaje.

#### "Las primas"

La "prima", en tanto que supone un sueldo o un sobresueldo, contraviene el concepto que define al deporte como un elemento del ocio, para incluirlo directamente en el "no ocio": en el negocio.

Así pues, aquí nos hemos de plantear una división, que desde la óptica de la ética es esencial: el deporte concebido como profesión, como trabajo, como ocupación laboral no está sujeto a las mismas consideraciones morales que el deporte juego, recreación o disfrute del ser libre.

El trabajo exige la recompensa por el esfuerzo. En tal sentido el sobresueldo de la "prima" se entiende cuando se solicita del deportista un esfuerzo por encima del que habitualmente da, o para estimular las condiciones psicológicas para un buen rendimiento físico. La primera de las circunstancias nos permite reflexionar sobre cierto aspecto ético en el profesionalismo deportivo, dado que, con independencia de que se cobre o no, hemos de establecer que la actitud éticamente correcta del deportista es la entrega total de sus potencialidades. Parece deshonesto calibrar el nivel de la actuación en función de un hipotético baremo de percepciones económicas.

Sobre la segunda circunstancia hemos de admitir que responde a una lógica que no contraviene abiertamente a actitudes éticas. El estímulo económico podría, al menos supuestamente, predisponer hacia una motivación más positiva frente a una competición. Si bien, son muchos los psicólogos del deporte que no consideran a "las primas" elementos claves o esenciales del rendimiento.

En cuanto al otro deporte, al no profesional, "la prima" pierde todo sentido, pues altera el objeto mismo de la actividad deportiva.

La compensación económica, coloca al deporte en el papel de "medio", cuestión esta que atenta directamente contra la estricta ética deportiva.

El tan utilizado, en otros tiempos, concepto de "amateurismo olímpico", pretendía no tanto que el deportista no cobrase, como que el deporte no fuese desplazado de una posición de servicio a la persona prácticamente a un papel de servicio a otros intereses.

En este sentido "las primas", o la compensación económica de cualquier tipo, supone el ejemplo más claro de tal desplazamiento: quien "prima" aleja al deportista de la dignificación personal, a través del "esfuerzo regalado" y lo coloca al servicio de quien paga.

Sin embargo, a pesar de su concepción negativa, desde la ortodoxia deportiva, las "primas" y las "primas a terceros" no están demasiado mal vistas en nuestro deporte. Hace unos meses el ex-directivo del Real Madrid, Sr. Onieva, justificaba el resultado de una auditoría, entre otros argumentos, con el pago de "primas a terceros", y lo hacía desde los medios de comunicación, es decir sin ningún tipo de rubor.

Esta actitud, y otras similares son, parece claro, consecuencia de que el deporte, o una buena parte de sus manifestaciones, está sólidamente instalado en un papel de "medio" para "otros fines".

## El dopaje

Respecto al dopaje existen dos aspectos muy extendidos y con frecuencia contradictoriamente asumidos: es reprochable, por un lado, y por otro es total y absolutamente necesario, para el actual deporte espectáculo, crear las condiciones que induzcan al coqueteo con cualquier tipo de ayuda al traspaso del límite.

A estos aspectos nos referimos en el artículo que con motivo del fallecimiento de Florence Griffith publicamos en Deia: "El deporte de alto nivel, el que permanentemente desafía las barreras del rendimiento, se mueve en un peligrosísimo terreno minado por dos tipos de elementos igualmente explosivos: el acondicionamiento físico para tal rendimiento y el interés social que suscita.

Preparar al organismo humano para superar las propias limitaciones supone experimentación e investigación. Implica trabajo científico que culmina frecuentemente en fracaso y ocasionalmente en éxito.

Este trabajo que, en el mundo del deporte, consiste en desarrollar y evolucionar sobre las teorías del entrenamiento, persigue mayor frecuencia de movimientos,

mayor resistencia al esfuerzo o mayor fuerza. Trata en definitiva de superar el techo individual de las posibilidades motrices de cada ser entrenado.

Quien somete su cuerpo y su mente a la rígida disciplina y a las cargas del entrenamiento del más alto nivel competitivo está, quiero pensar que siempre voluntariamente, ofreciendo su condición psicofísica a un proceso experimental de evolución.

Los controles antidopaje pretenden conseguir que tal proceso experimental no constituya un riesgo para la vida del deportista, separando así métodos legales de métodos fraudulentos. Pero esta bienintencionada pretensión choca contra el principio más básico de cualquier método de experimentación, tal cual es la incertidumbre respecto a sus resultados.

El ser humano progresa en todos los campos de la ciencia no por la utilización reiterada de fórmulas que se han mostrado eficaces en el pasado, sino por la búsqueda permanente de nuevas posibilidades de superior eficacia.

En tal sentido, el antidopaje en el deporte es una lucha que combate la investigación desde una posición desventajosa, puesto que prohíbe aquello que, en el pasado, resultó inadmisiblemente desde un punto de vista físico o moral, pero no prohibirá cuantas sustancias o métodos no hayan sido probados.

El atletismo, reflejo fiel de la propia naturaleza humana, pretende romper los cercos que mediatizan tal naturaleza, por tanto está obligado, por su propia esencia, a caminar por delante de cualquier tipo de limitación o prohibición.

No seré yo quien proponga vía libre para superar las barreras de la condición humana, no creo que sea lícito el récord a cualquier precio, pero tampoco caeré en la ingenuidad de pensar que la búsqueda del límite de tal condición no es un riesgo en sí misma.

El límite no es una frontera fija, sino una meta a superar, para colocarla de nuevo más lejos, más difícil, donde constituya un nuevo desafío a la capacidad de superación del ser humano, desde la óptica biotipológica y científica.

La aceptación del reto que supone el récord, deportivo o no, configura el cuadro en el que se fundamenta el progreso de nuestra civilización.

El tema, se brinda también a una visión desde la óptica del espectáculo, del ocio pasivo de los espectadores que, desde casa, o en el estadio creamos una masa demandante de sensaciones cada vez más fuertes.

El volumen de negocio que se origina en torno a la persona desafiando sus limitaciones, nos acerca mucho más al circo romano donde el esclavo trataba de redimir su condición jugándose la vida, que al ideal olímpico en el que los espectadores configuraban el riesgo potencial de que los atletas se plegasen a sus gustos y exigencias.

El dopaje es la claudicación del deportista a las bien remuneradas apetencias sociales, lo que lejos de justificarlo, evidencia la necesidad de una más eficaz intervención pedagógica en el deporte.

Hemos conformado un círculo cerrado cuya salida solo acierte a intuir a través de una educación que implique el deporte como práctica y el posicionamiento crítico ante un fenómeno social de la magnitud que hoy tiene el alto rendimiento" (1998).

Este posicionamiento crítico pasa, entre otros aspectos, por valorar por un mismo rasero toda acción que implique riesgo real para la integridad física e incluso la vida del deportista.

Es evidente que hemos de condenar la ingestión de productos que aumenten antinaturalmente el rendimiento, pero con el mismo criterio de protección de la vida de los ejecutantes hemos de condenar situaciones que habitualmente hemos tildado de ejemplos de profesionalidad y de dignidad, como actuar en competiciones con lesiones, a veces severas, ocultadas por algún método no penalizado.

En más de una ocasión he leído en alguna crónica deportiva, textos con matices de desprecio para quien no ha superado un control antidopaje, y exaltaciones encendidas hacia la dignidad deportiva de quien es capaz de actuar tapando una lesión por cualquier método. Desde una óptica de ética hemos de considerar que ambas situaciones tienen el mismo origen y finalidad: la acción no natural en pos de mejorar el rendimiento.

Profundizando en la situación, podríamos reflexionar sobre los métodos dopantes de tipo psicológico, sea cual fuere su origen: ¿acaso descender a ciento veinte por hora un puerto no pone en peligro la vida del ciclis-

ta?. Sí, si es un riesgo provocado por su arrojo, por su tipo de contrato o por sus necesidades personales.

El futbolista que oculta lesiones porque ha de jugar quince o veinte partidos para renovar, el motociclista que arriesga en cada curva su integridad y la de sus rivales para lograr un equipo oficial o el ciclista que baja a "tumba abierta" buscando un contrato profesional, atentan, bajo presiones psicológicas extremas, tan antinaturales como un estimulante, contra su propia integridad física y psicológica.

El dopaje es difícil de valorar, de medir por terceros, sobre todo cuando en el entrenamiento del alto nivel, cuestiones como la alimentación y el adiestramiento psicológico configuran aspectos esenciales: el límite de la alimentación adecuada o de la valoración exacta del riesgo, son generalmente factores menos decisivos en un resultado, que la altura, la composición muscular o la experiencia de distintos deportistas.

Así pues no existen condiciones iguales previas, ante una competición, por parte de los contendientes. Lo que existe es incertidumbre sobre quién logrará imponer sus condiciones, naturales y adquiridas, sobre las de sus rivales.

En tal situación el desafío al límite personal es la primera meta y el coqueteo con el filo de lo ético, el medio, considerando como única cuestión a preservar, desde la ética, la integridad psicofísica del competidor.

Concluiré este apartado con una última reflexión, la idea de búsqueda del máximo rendimiento, de la actuación sin reservas, que parece subyacer tras el dopaje, está en línea con la ortodoxia deportiva, en consecuencia hemos de considerarla ética, en esencia. El problema ético se suscita cuando esa "actuación decidida y a tope" pone en peligro a su ejecutante, y eso constituye una valoración estrictamente personal. Lo otro, lo de los controles antidopaje, afecta más a un tema legal que ético.

## LOS ESPECTADORES

En tanto que aceptemos al deporte, o a una determinada acepción del mismo, como un espectáculo destinado al consumo de masas, introducimos un nuevo elemento de influencia en la concepción ética del propio deporte: los espectadores.

Los "palacios de deportes", los estadios de fútbol o de atletismo y demás instalaciones, cuyo diseño arquitectónico otorga el peso del protagonismo a los espectadores, se oponen, en la concepción de Coubertin, a un deporte ortodoxo, en el que lo verdaderamente im-

portante es la práctica en función de la propia formación y evolución., cuestión esta que queda en entredicho, cuando el deportista ejecuta para un público que aplaudirá o descalificará su actuación.

El deporte cuya finalidad radica en la atracción de espectadores y medios de comunicación, traslada el fin de su actividad de la cancha a la grada.

El fundador de los modernos Juegos Olímpicos y principal difusor del deporte actual, Pierre de Coubertin, escribió en alguna ocasión sobre los espectadores y lo hizo siempre bajo un doble prisma, en el que expresaba un deseo de promoción del hecho deportivo, por un lado, y el miedo ante un peligro latente por otro.

En el aspecto positivo contemplaba a los espectadores como futuros deportistas, influenciados por el deseo de emulación: "los Juegos Olímpicos han sido creados para la exaltación del atleta individual cuya existencia es necesaria para la actividad muscular de la colectividad y las proezas para el mantenimiento de la emulación general", escribió en "Les Jeux Olympiques y la Gimnastique", artículo que publicó en 1931 (1986: 714).

Pero junto a ese deseo de que la práctica deportiva sea, a través de los espectadores, un motor de promoción del deporte, cuya finalidad está siempre en la evolución del ser humano, no oculta el temor a una práctica realizada en función de las apetencias de terceros, lo que en su opinión haría perder al deporte su razón de ser: "no sería ético".

En esta línea de pensamiento diremos que "si la persona es el objetivo y el deporte el precio, el sacrificio del alto rendimiento está justificado, en una base pedagógica. Si el objetivo es la marca, o el éxito y el ser humano el precio a pagar, habremos confundido, en base a intereses económicos o de otro tipo, objetivos y medios" (Solar 1997: 389).

De modo que con los espectadores nos hallamos, una vez más, con una posibilidad de carácter positivo que responde al posicionamiento ético de la difusión de una herramienta para el progreso humano, y con una potencialidad de oposición frontal a cualquier planteamiento ético, tal cual es la supeditación del ejecutante a los gustos, caprichos o necesidades del espectador, quien por otra parte, paga y mantiene el espectáculo deportivo y quien además, considera que lo ético es ver compensadas sus expectativas, a cambio de su dinero.

Siguiendo tal razonamiento abordaremos un análisis desde la visión de Pierre de Coubertin y posteriormente veremos algunas opiniones actuales que puedan juzgar el espectáculo como un elemento para la educación de los espectadores.

Para el fundador de los renovados Juegos Olímpicos, el espectáculo deportivo no tuvo nunca una gran importancia. Es más, a pesar de lo mucho que escribió es, al menos chocante, las pocas líneas que dedica al deporte, como espectáculo, e incluso a los espectadores.

De todas formas sí habló de los asistentes a las manifestaciones deportivas y a los Juegos en alguna ocasión, pero casi siempre lo hizo desde la necesidad de contemplar a tal sector desde una perspectiva de gestión, es decir de prever soluciones logísticas para resolver el tema del tamaño de los estadios o de expedición de entradas.

Naturalmente y dado el carácter de pedagogo de Coubertin, al definir sus criterios respecto al tamaño que habrían de tener los estadios olímpicos y otras instalaciones para la práctica deportiva, justificaría sus opiniones. Pues bien, estas opiniones justificadas habrán de servirnos como hilo conductor en nuestro razonamiento.



En 1910, publicó en la Revista Olímpica un artículo titulado "Los Espectadores". En este artículo expresaba un criterio que ya no abandonaría jamás a lo largo de su vida: Los Espectadores, con su presencia cuantiosa en los Juegos de Atenas, San Luis o Londres, habían jugado el importante papel de consolidar los Juegos Olímpicos, pero organizar los Juegos en función de los espectadores sería "cometer el peor de los errores".

En el mismo artículo aclara sus posturas: Está bien que haya espectadores en todos los lugares del mundo y que éstos se vayan renovando con el tiempo, puesto que es un indicador del triunfo internacional del deporte, pero no se puede basar el deporte en la opinión de que él tengan los no deportistas, ni en la moda, ni en lo cambiante de los gustos estéticos de quienes van, tan sólo, a observar.

En "Los Espectadores" escribe: "Tal como van las cosas, se puede prever la época en la que haya saturación en lo que se refiere a los espectáculos deportivos, en que

cambiarán las modas, en la que la opinión de los no deportistas será indiferente”.

Continuando en la misma línea de pensamiento, señala como espectadores ideales a otros deportistas que en ese momento no compiten. Es decir el espectador “no deportista”, no es el mejor, incluso dice: “Técnicamente, la asistencia demasiado numerosa, y en la que domine el elemento no deportistas perjudica al deporte”.

Para Coubertin, el exceso de público tiene además otros problemas, las muchedumbres le parecen estéticamente y artísticamente feas y detecta su comportamiento en los grandes espectáculos públicos, donde generan exigencias: entradas, tribunas, palcos, barreras, taquillas, etc.

Como ocurre frecuentemente en sus artículos, en “Los Espectadores” concluye concretando su opinión en una propuesta bien definida: “Proponemos una media de diez mil espectadores. En torno a esto habremos de calcular. Estamos lejos de los setenta u ochenta mil espectadores amontonados en los estadios de Atenas o de Londres. Pero con estos diez mil podremos contar siempre, no destruirán la estética del entorno” (1986 II: 69 y ss.).

Continúa su artículo aconsejando estadios con espacios verdes, donde los espectadores se puedan mover, donde no tengan que estar necesariamente quietos y agrupados en una tribuna.

Esta forma de pensar de Coubertin no fue, en absoluto, variada a lo largo de su vida. El éxito olímpico de 1912 y la posterior afirmación de los Juegos en 1920, 1924 y 1928, no sólo no varió su postura, sino que ésta fue cada vez más firme al respecto. Aunque, como él mismo reconoció, sin demasiado éxito.

En 1930, en el boletín del B.I.P.S. se publicó un artículo sobre “la cuestión de los estadios”. En él, el autor afirma que “ahora las construcciones, lejos de responder a las necesidades del deporte, van en contra de sus intereses más esenciales”. Este artículo razona el doble motivo de la oposición de Coubertin a los grandes estadios, que por una parte “transforman el deporte en un espectáculo y por otra desarrollan el espíritu profesional de quienes toman parte en tales manifestaciones” (1986, II: 644 y 645).

El mismo artículo manifiesta cierta tristeza por la nula comprensión hacia los anteriores razonamientos, dado que los intereses de arquitectos, empresarios y políticos iban en dirección opuesta.

También en 1930 el B.I.P.S. publicó la “Carta de la Reforma Deportiva”. En ella insiste en la misma opinión. Uno de los puntos de la carta dice: “Renuncia de los municipios a la construcción de enormes estadios desti-

ñados, en exclusiva, a los espectáculos deportivos y sustitución de estos edificios por establecimientos concebidos después del plan de modernización del antiguo gimnasio griego” (1986, I: 636).

El siguiente punto de “La Carta” tiene, del mismo modo una estrecha relación con el tema: “Prohibición de todos los campeonatos con espectadores, para los jóvenes menores de dieciséis años.

A modo de conclusión sobre el espectáculo deportivo, en concepción coubertiniana, podríamos decir que cree mayor la influencia negativa que las masas de espectadores puedan proyectar sobre los deportistas, sobre todo, sobre los más jóvenes, que las posibilidades de éstos para generar actitudes deportivas y por tanto educativas, entre los que vienen a observar.

Al respecto y antes de continuar con lo que hoy pueda constituir de educativo el espectáculo deportivo, convendrá matizar dos aspectos bien definidos en Coubertin. El primero es que no se opone, en absoluto a la existencia de espectadores, sino a un desequilibrio tal que se conviertan, por sus propias exigencias, en el fin del deporte. El segundo es que, en línea con el primer aspecto, el espectador tiene sentido en tanto que sea o pueda ser un deportista. Es decir la práctica deportiva debe tener un solo fin, la persona practicante.

A pesar de que Coubertin había previsto en algún momento la saturación de los espectadores, lo cierto es que hoy, tratando el deporte y en concreto el deporte tal como se manifiesta en los Juegos Olímpicos, hemos de hacer, al menos, un acercamiento a lo que este deporte pueda suponer de educativo o de instrumento pedagógico, para el espectador, dado que la previsión coubertiniana parece lejos de cumplirse. El gigantismo olímpico ha afectado a todos los elementos que en él concurren, pero sobre todo y ante todo comporta un enorme espectáculo de masas.

Sin embargo, existen autores en nuestros días que, sin dejar de reconocer ciertos peligros de tal magnitud, pretenden, al más puro estilo de Coubertin, tratar de positivizar la situación, y ante una evidencia como es la realidad del deporte como espectáculo de masas, buscan el elemento que, pedagógicamente tratado pueda ser un medio de educación.

Uno de estos autores contemporáneos, aunque ya desgraciadamente desaparecido, es el profesor José María Cagigal, quien dedicó bastantes páginas de sus obras a hablar, no sólo del deporte-espectáculo, sino de los espectadores. De su capacidad para aportar al deporte elementos que han llegado a configurar toda una categoría

deportiva, y de su receptividad para ser influenciados por el hecho deportivo, que a su vez provocan y condicionan. En una palabra, de los espectadores como actores.

En "Hombres y Deporte", Cagigal, muestra de forma muy concisa la antítesis, a la que, como analista debe enfrentarse, cuando reflexiona sobre el espectador: "Los espectáculos deportivos son hoy en día el opio de la plebe; adormecen sus facultades, creando un conformismo artificial que les imposibilita para percatarse de la grave realidad, "dice haciéndose eco de una opinión generalizada y extendida en determinados niveles culturales o intelectuales, para continuar: "¿No cabría preguntarse si, en vez de narcótico, no son una dosis vitamínica que restituye a las multitudes el equilibrio físico, gastado con tantas horas de preocupaciones y luchas?". Redundando en la antítesis dice: "algunos ven en esos hombres que atestan los graderíos necios papanatas, desperdiciadores de talentos espirituales", para seguidamente apostillar sobre quienes así opinan: "Se olvidan de que también tiene derecho el hombre a tornarse simple, elemental y, en ocasiones hasta obligación".

Desde esa posición, que no ignora los problemas, de todo tipo, que sobre el deporte genera la masa de espectadores, conociendo también su peculiar dinámica, su violencia latente o presente, su manejabilidad política y su alienación potencial, propone Cagigal un rescate de factores utilizables como vehículo para una peculiar educación de masas.

El factor de la belleza, de la estética del gesto deportivo constituye el primero de esos elementos para la educación del espectador: "La espectacularidad del deporte radica en lo que el agón físico tiene de valor estético. Toda lucha entraña una dramática, y la dramática posee estética. El deporte es, además dramática de fuerzas primarias, inteligibles y comprensibles para todo ser humano. Por eso encuentran en ellas siempre una realidad de belleza...".

Resalta a continuación este autor las posibilidades que plantea el espectador, tomado como colectivo para ser educado en la tolerancia. Utiliza para ello el ejemplo de un partido de fútbol, imposible políticamente en el año 1955, entre el Real Madrid y el Partizan de Belgrado. El partido, de Copa de Europa, que finalmente se celebró, dio pie a crónicas como la que reproduce Cagigal (1996, I: 65 y ss.): "La barrera del telón de acero, insalvable políticamente, escribía un cronista de un diario barcelonés, había desaparecido del paso como por arte de magia al conjuro de la noble palabra deporte". Actitudes y hechos como el precedente permiten a Cagigal opinar que "si la actual fisonomía del deporte es síntoma de decadencia, tenemos una luz más para conocer nuestro tiempo, para poder remediarlo. Pero no conseguimos esa luz, que puede estar sirviendo de evasión

salvadora". Añade a modo de conclusión: "Eduquemos a nuestros jóvenes en la estima del deporte puro y en la reserva prudencial hacia el grandioso espectáculo".

Educar en "la reserva prudencial" hacia el gran espectáculo deportivo es el aprovechamiento de una posibilidad, a la que también de modo muy coubertiniano, Cagigal añade: "La necesidad de educar a los jóvenes en "el deporte puro", que es el modo en el que, en ocasiones, denomina a la práctica deportiva.

En el mismo ensayo "Hombres y Deporte" (1996, I), el autor recoge los beneficios de tipo psicosocial que López Ibor otorga al espectáculo deportivo, como defensa contra un aislamiento, cada vez más institucionalizado y como una específica forma de educación colectiva que advierte en el espectáculo deportivo, en tanto que "modera pasiones". Incluso las que el mismo deporte genera

Las opiniones vertidas por Coubertin, Cagigal o López Ibor tienen en común un aspecto, tal cual es una visión de corriente influenciadora del practicante hacia el espectador.

Parten, igualmente, de la consideración del deportista como objetivo central del propio deporte. La influencia unidireccional cancha-grada, en el caso de los tres expertos, tiene de positivo el efecto emulador que pueda suscitar.

El problema hoy, es que esta concepción ética de un deporte cuyo objetivo es la captación de practicantes, está cambiando radicalmente de centro, y en un giro copernicano, está

consolidando al espectador como objetivo de un deporte cuya praxis responde a las necesidades y gustos de la masa que, tan sólo, observa.

El espectador, bajo el prisma de la moralidad del liberalismo y de la economía de mercado, podrá dictaminar sobre la

catadura ética del deportista, en la medida que éste se acerque a las expectativas de aquél. Es decir, el objeto de la acción deportiva supera al deportista y se instala en el ocio pasivo de quien observa, con lo que el ejecutante pierde, además, el control sobre la cualificación ética de su actividad.

La generalización de este nuevo modelo, que ha derivado del deporte profesional hacia todas las capas del deporte, sobre todo del deporte escolar o de iniciación, nos ha de hacer plantearnos si la inclusión del deporte en el sistema educativo, que responde a una concepción coubertiniana, tiene sentido hoy tras el cambio de centro de atención del deporte: ¿responde hoy el deporte escolar a las necesidades formativas que aconsejaron su instauración? La respuesta a esta pregunta es, casi sin duda negativa, pero el deporte sigue existiendo, y más que nunca en los diferentes modelos educativos.

Hoy, quizás también eduque, pero con otro enfoque, respondiendo más a las necesidades de una sociedad liberal y de supervivencia, en la que hayamos comenzado a superar, los principios del "estado del bienestar", para instalarse en un neoliberalismo, donde sólo tengan cabida los más fuertes.

Esta visión negativa del deporte responde al desencanto que nos genera el esfuerzo por reinstaurar modelos educativos bajo la moral "maquiavélica": el noble, el fuerte ha de ser educado, aún en el sacrificio y en la superación para dominar al súbdito, al plebeyo, al débil.

Concluiremos la reflexión recurriendo, como ya hicimos con anterioridad a la educación como generación de valores de convivencia solidaria y a como factor de reinstauración de la persona y su evolución como objetivo del deporte.

No olvidemos que en el deporte griego los ejecutantes únicos eran los "seres libres" y en el deporte romano, que derivó en un espectáculo cruento y circense, el "ser libre" pasó a ser el espectador de los esclavos que dirimían victorias y vidas en la arena del circo.

## LAS INSTITUCIONES

Entenderemos por instituciones a los clubs y a las federaciones, pero también a las administraciones políticas, dado que tanto los países como los equipos se hacen representar por los deportistas.

Abordaremos desde la ética en lo que a las instituciones se refiere:

- ▶ La supuesta primacía de la institución sobre el deportista.
- ▶ El fenómeno de la representatividad.

Frecuentemente oímos decir que la institución, referido a un club o federación, está por encima de las personas, tomadas en concreto. Tal opinión que supedita deportistas y personas a un ente jurídico justifica una concepción del deporte en el que el espectador es el primer destinatario de la actividad deportiva. Ser del Athletic o del Barça, induce a pensar en el deseo de entrega incondicional a un "ente" en el que se deposita la representación individual de cada uno, y en consecuencia del colectivo.

Ese "ser de", esa pertenencia al club, supone, en positivo, una comunión ideológica y afectiva a un grupo amplio, con lo que ello pueda suponer de integración, pero conlleva el negativo aspecto de supeditar al deportista a ser un mero peón del objetivo superior de "crear sociedad".

Esta perspectiva justifica el fichaje, las primas, los millones, el despido e incluso el desprecio hacia quien desde la "no pertenencia" tiene la misión de generar orgullo de clase, o de grupo.

Pandiani o Eto'o han de tratar que el seguidor del Mallorca se sienta contento de su filiación a los colores del club, como antes lo hicieron con el Deportivo o con el Real Madrid. Tras su paso por el Mallorca, realizarán su función social en otros clubs, de primera o de segunda división, de España o de Camerún, eso da igual.

Lo que no parece dar igual es que un club que aglutina y canaliza los sentimientos de decenas de miles de ciudadanos desaparezca, malviva o decepcione las expectativas que genera: he aquí el razonamiento que permite afirmar con tanta frecuencia que "nadie es imprescindible" o que el "club está por encima de las personas".

El club, de élite, o el que sin serlo lo pretende e imita a aquél, es, por la naturaleza de su cometido, poco o nada humanista, su finalidad no está en el deporte, que tan sólo es la materia prima de una manufacturación de sentimientos.

Lo preocupante de esta situación es que estamos viviendo un momento histórico en el que "todos los clubs", incluso los pertenecientes a centros educativos son de élite, porque funcionan con criterios según los que la institución es el objetivo de la actividad del deportista con total desprecio de la persona como beneficiario natural de la actividad físico-deportiva.

De la misma naturaleza es el fenómeno de la representatividad que las naciones y estados depositan en sus selecciones, para que compitan en campeonatos continentales o mundiales y juegos olímpicos. A la más que dudosa capacidad legal, de un conjunto deportivo

para representar a un estado, hemos de añadir las corrientes de manipulación que fluyen desde el poder político hacia el deporte y viceversa.

En democracia, a un pueblo le representa un gobierno y su diplomacia. Las selecciones de fútbol o de balonmano representan a sus federaciones, indicando, eso sí, el nivel alcanzado por una determinada modalidad deportiva en un estado determinado.

El fenómeno de la representatividad de estados y naciones ha posibilitado una rapidísima difusión del deporte por todo el mundo a lo largo del siglo XX, pero del mismo modo ha creado un deporte politizado y manipulado mil veces en función de intereses de partidos y gobiernos.

A lo largo del siglo XX el universo ha ido configurando un mapa político-administrativo a partir de la situación postnapoleónica, y tras dos guerras mundiales y centenares de conflictos más locales.

Pues bien, a lo largo del siglo, la humanidad ha tenido la posibilidad de confrontar sus estados en la palestra olímpica, en la cita que con tal puntualidad se efectúa cada cuatro años.

Curiosamente esta confrontación tan sólo no ha tenido lugar en tres ocasiones, en 1916, 1940 y 1944, es decir, cuando fue sustituida por otro enfrentamiento: el bélico.

Las sociedades y los estados se reafirman en la confrontación, se evalúan y se autoposicionan en el concierto internacional. Esta necesidad de objetivar el valor de lo propio y lo ajeno encuentran en el deporte un medio eficaz para cumplir con su propósito.

La acción política utiliza los medios a su alcance en función del logro de sus fines, y el deporte, con su tendencia a la exageración y a la épica, se brinda como un instrumento eficaz en tal sentido. Pero no por ello hemos de caer en el error simplista de considerar bueno al deporte y mala la política.

Es cierto que se puede hacer una negativa utilización política del deporte, pero así mismo, es verdad que se hacen usos políticos positivos del mismo: la publicidad nazi en 1936, los juegos sangrientos de 1968 y 1972, los boicots de 1976, 80 y 84 son muestras del primer caso. La implantación de la Educación Física y del deporte escolar, la concepción del deporte como un derecho, el deporte para todos, son ejemplos de otro tipo.

El deporte es, por sí mismo, inocuo, no es bueno ni es malo, es un medio políticamente utilizable como fórmula de progreso, como elemento pedagógico, como un generador de riqueza o como instrumento para la salud y la felicidad de las personas.

Su utilización en positivo o negativo responderá a una determinada actitud política, cuya calificación no será fácil para el observador.

Pero, si variamos el centro de reflexión y nos centramos en ese deporte que se ha ido agigantando a lo largo del siglo y que nos muestra su potencia día a día en los campeonatos mundiales, en los Juegos Olímpicos o en algunas poderosas ligas deportivas, estatales o interestatales, nos encontraremos con que el elemento utilizable con fines políticos se puede transformar en un poder fáctico, que instrumentalice la acción política en beneficio de los intereses que le son propios.

El deporte puede generar una nueva forma de dominio sobre los gobernantes y sobre las administraciones, llegando, en ciertos entornos, a crear una especie de oligarquía deportiva.

El frecuente chantaje de los clubs locales sobre los gobiernos municipales, los casos de los clubs de fútbol de Celta y Sevilla o algunos otros más cercanos, como el tema de Schröder y el fútbol, pueden ser muestras de esa nueva fórmula de tiranía deportiva.

Este tipo de actitud, la utilización del tirón del deporte para crear fórmulas de populismo capaces de chantajear a la Administración y a los políticos, no es nueva, pero toma bríos con el crecimiento económico y de influencia de ciertos deportes.

En realidad la utilización política del deporte, o viceversa, no son más que actitudes políticas tomadas desde campos de actuación diferentes.

La política se ha servido del deporte como de cualquier otra manifestación humana individual o social, del mismo modo que el deporte se ha desarrollado y llegado a sus cotas actuales de implantación jugando, con cierto descaro, a la representación de las personas y los pueblos.

Representación que los estados han dado por buena, ya que constituía una imagen exterior manejable, y que el deporte ha impulsado, porque el juego del enfrentamiento interestatal tiene un alto grado de morbosidad añadida: el deporte y la guerra son actitudes de enfrentamiento físico, técnico, táctico y tecnológico, donde el mejor preparado impone su lógica e intereses al vencido.

El siglo en el que se desarrolla el deporte lucha por estabilizar un mapa político que surge tras las guerras napoleónicas y el Tratado de Viena del XIX, y en el que tienen lugar dos guerras mundiales y multitud de conflictos parciales. En tal sentido unos Juegos Olímpicos o unos campeonatos mundiales apelan a cantidad de sentimientos humanos aún no superados por nuestra civilización.

Esta situación ha posibilitado una especie de interacción simbiótica en la que la politización o administratización del deporte ha posibilitado significativos beneficios para ambos.

Pero, al mismo tiempo que el deporte cobraba sus beneficios en crecimiento e implantación universal, pagaba el alto precio de plegarse a una representación de las administraciones.

Una vez más el deporte pierde el papel de protagonismo en la formación humana, que le quiso adjudicar Coubertin, para convertirse en el canalizador, afortunadamente no sangriento, de la imagen de pueblos y gobiernos.



## BIBLIOGRAFÍA

- BARREAU, J.J. y MORNE, J.J.- "Epistemología y Antropología del Deporte". Madrid. Alianza Deporte. 1991.
- BLANCHARD, K. y CHESKA, A.- "Antropología del Deporte". Barcelona. Bellaterra 1986.
- CAGIGAL, J.M.- "Obras Selectas. Volumen I". Cádiz. Comité Olímpico Español, Ente de Promoción Deportiva J.M. Cagigal y Asociación Española de Deporte para Todos. 1996.
- CAGIGAL, J.M.- "Obras Selectas. Volumen II." Cádiz. Comité Olímpico Español, Ente de Promoción Deportiva J.M. Cagigal y Asociación Española de Deporte para Todos. 1996.
- CAGIGAL, J.M.- "Obras Selectas. Volumen III". Cádiz. Comité Olímpico Español, Ente de Promoción Deportiva J.M. Cagigal y Asociación Española de Deporte para Todos. 1996.
- COCA FERNANDEZ, S.- "El Hombre Deportivo". Madrid. Alianza Editorial y C.S.D. . 1993.
- COUBERTIN, P.- "Textes Choisis. Tome I. Revelation". Zürich. Comité International Olympique-Weidmann. 1986.
- COUBERTIN, P.- "Textes Choisis. Tome II. Olympisme". Zürich. Comité International Olympique-Weidmann. 1986.
- COUBERTIN, P.- "Textes Choisis. Tome III. Pratique Sportive". Zürich. Comité International Olympique-Weidmann. 1986.
- DIEM, C.- "Historia de los Deportes. Tomo I". Barcelona. Luis de Caralt. 1966.
- DIEM, C.- "Historia de los Deportes. Tomo II". Barcelona. Luis de Caralt. 1966.
- DURING, B.- "La Crisis de las Pedagogías Corporales". Málaga. Unisport. 1992.
- ELIAS, N. y DUNNING, E.- "Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización". México. Fondo de Cultura Económica . 1992.
- GARCIA ROMERO, F.- "Los Juegos Olímpicos y el Deporte en Grecia". Barcelona. AUSA. 1992.
- GONZALEZ AJA, M.T.- "Aproximación a la Teoría Pedagógica de Coubertin a Través de sus Textos". Madrid. Instituto Nacional de Educación Física. 1987.
- HUIZINGA, J.- "Homo Ludens". Alianza - Madrid. Emecé . 1987.
- JAEGUER, W.- *Paideia*: "Los Ideales de la Cultura Griega". Madrid. Fondo de Cultura Económica. 1988.
- JEU, B.- "Análisis del Deporte". Barcelona. Bellaterra. 1988.
- MANDELL, R.- "Historia Cultural del Deporte". Barcelona. Bellaterra, 1986.
- MASSICOTTE, J.P. y LESSARD, C.- "Histoire du Sport". En «Histoire du Sport de l'Antiquité au XIX° Siècle». Québec. Presses de L'Université du Québec. 1984.
- MÜLLER, N. y SCHANTZ, O.- "Bibliografie des Oeuvres de Pierre de Coubertin". En «Pierre de Coubertin, Textes Choisis. Tome III. Pratique Sportive». Zurich. Weidmann. 1986.
- SOLAR CUBILLAS, L.V.- "La aportación de Movimiento olímpico a las Pedagogías Corporales". Tesis Doctoral. Universidad del País Vasco. 1997.
- SOLAR CUBILLAS, L.V.- "Al límite". Artículo periodístico. Deia. 1998.